¿EN QUE CONSISTE EL MAL?

M. RAYMOND, O. C. S. O.

Un trapense pregunta

¿EN QUE CONSISTE EL MAL?

A LOS BACHILLERES DE COLEGIOS CATÓLICOS



22 COLECCION TRAPENSE

NIHIL OBSTAT:
P. MARTÍN S. M. DE LOS MÁRTIRES, O. C. S. O.
17 agosto 1956.

P. TEÓFILO S. N. DE SAN ISIDORO
22 agosto 1956.

IMPRIMI POTEST:
RVDO. P. DOM. M. GABRIEL SORTAIS, O. C. S. O.
Abad General.

NIHIL OBSTAT:
DON ANTONIO GARCÍA CUETO,
Censor.

IMPRIMATUR:
JOSÉ MARÍA, *Vic. Gral. y Ob. Aux.*
Madrid, agosto 1956.

IMPRESO EN ESPAÑA
1956

A
MI HERMANO PEQUEÑO.
H. CHARLES,
ROGANDO PORQUE SU ALMA MATER
SE SIENTA
ORGULLOSA DE EL

¡HAY ALGO QUE NO VA BIEN!

Las causas siguen produciendo efectos, y según sea la siembra será la cosecha. Sin embargo, los alumnos y alumnas de los Colegios católicos no se conducen como verdaderos alumnos y alumnas de Colegios católicos. Por eso digo que hay algo que no va bien. Vamos a ver lo que es.

Existe algo malo. Nacidos y educados para ser distintos, colocados durante cuatro años en una atmósfera totalmente distinta, enseñados en una filosofía de la vida distinta por completo, adiestrados para ser completamente diferentes en cuanto a ambiciones e ideales de los millares y los cientos de millares de seres que nos rodean, los graduados de los Colegios católicos deberían destacarse y sobresalir en nuestro delirante mundo de hombres y mujeres modernos. Ahora bien: mirad y decidme si se advierte algo en nosotros que nos haga diferentes de los demás.

Desde luego, no será nuestro pensamiento penetrante, pues un pensamiento penetrante puede también adquirirse en la Universidad de Columbia, que, según he leído en algún sitio, es «la mayor escuela de preparación roja fuera de Moscú». Con toda seguridad tampoco se trata de nuestra dignidad consciente, porque la dignidad consciente—por no decir la pedantería—rayana en la altivez, es típica de la Universidad de Harvard. Asimismo no serán nuestra educación, nuestros modales afables o nuestro refinamiento, porque todo esto puede hallarse también en Vassar, en Princeton y en Yale. Incluso he encontrado cultura, buenos modales y educación en hombres y mujeres que ni siquiera estaban bautizados. Y si nos atreviésemos a mencionar la «fe», podríamos señalar a muchos jornaleros, incultos pero devotos, capaces de avergonzarnos con un gesto.

Por mucho que forcéis la vista, sólo podréis llegar a la conclusión que da título a estas páginas: «¿En qué consiste el mal?» El mal abunda en el mundo. Nosotros no nos destacamos, no sobresalimos, no somos verdaderamente distintos cuando deberíamos serlo. ¿En qué consiste el mal?

En la próxima reunión o en este mismo instante, mirad a vuestro alrededor y recordad a los compañeros de Colegio y veréis cómo es cierto lo que digo de que hay algo que no marcha bien. Dentro de nuestras posiciones, cual más cual menos, casi todos hemos alcanzado el éxito, tal y como los hombres lo miden. Muchos senadores, gobernadores, alcaldes, jueces, médicos y abogados; muchos hombres «clave» de las sociedades financieras o capitanes de industria, auténticas «potencias» en el mundo del dinero, de la política y de la prensa, acuden a esas reuniones de antiguos alumnos. Hombres y mujeres de carrera brillante, que fueron nuestros compañeros en el patio del Colegio, se acercan a saludarnos cordialmente. En muchas ocasiones experimentamos sorpresa o desilusión, pues algunos favoritos de entonces se han quedado en la estacada, y otros de quienes nadie hacía caso han triunfado. Pero, en general, podemos ver que nuestros graduados aparecen marcados con el sello del éxito. Pero ¿se trata de un éxito específicamente católico? ¡Apenas! Y ahí está el «quid».

Muchos senadores, gobernadores, alcaldes, jueces, médicos y abogados proceden también de otros Colegios y las diferencias entre ellos y nosotros no se perciben.

Hay jueces justos y hábiles abogados que jamás han hecho la señal de la Cruz. Y el mundo del dinero siempre estará dominado por los no-católicos y los no-cristianos. Los éxitos que hayamos alcanzado en todos esos campos no nos señalan como graduados católicos ni hacen que el mundo considere a los patios de los Colegios católicos como campos de entrenamiento para hombres y mujeres llamados a triunfar y a ser sorprendentemente distintos. ¿En qué consiste el mal?

Nuestras filas no son escasas, pero nuestros efectos en el mundo son en general tan pequeños hoy—por no decir que más pequeños—como en la época en que un graduado de un Colegio católico constituía casi casi un fenómeno extraordinario.

No tenéis más que fijaros en la situación. Dios nos eligió entre miles y cientos de miles de hombres y mujeres. Con un propósito determinado en Su Divina Inteligencia, nos llevó a las instituciones católicas e hizo que durante cuatro años fuésemos preparados especialmente para un fin específico. Dios pagó nuestra enseñanza y ahora busca el dividendo de Su divina inversión. Mucho me temo que lo busque en vano.

¡Existe un gran mal!

DIOS HA COSTEADO NUESTRA EDUCACION

Sí; fué Dios quien costeó nuestra educación. No importa quién endosó los cheques o firmó las letras. Algunos tuvimos talento y conseguimos becas, pero fué Dios quien nos dió el talento. Algunos de nosotros teníamos músculos y fuerza y los compañeros nos jaleaban; pero era Dios quien nos había dado destreza para tirar, pasar la pelota y correr, o habilidad para interceptarla y recogerla. La mayoría teníamos unos padres que se sacrificaban por nosotros; pero era Dios quien nos los había dado y quien les inspiraba el sacrificio. Y en cuanto a los pocos que nos abrimos camino por nuestros propios medios, la verdad es la misma: Dios fué quien costeó nuestra educación.

Pero Dios no hace nada sin provecho: *Nihil frustra dedit Deus*. El tiene para cada cosa un propósito divino, ya se trate de una aurora deslumbrante o de una brillante gota de rocío. Hay un designio divino tanto para un sol ardiente y para un Saturno que gira, como para un gusano de luz o el dorado cáliz de una florecilla. Dios tenía un divino propósito para el frío de Belén o la Sangre del Calvario, y lo

mismo lo tenía para nuestra educación superior. Con Dios no hay casualidades; Dios no hace nada fortuitamente. Tenía un plan cuando nos hizo estudiantes de primer curso; cuando nos puso en segundo, tenía un propósito; cuando nos pasó al penúltimo grado, lo hizo con una intención definida; cuando nos llevó al último curso, y nos graduó, lo hizo con una determinación divina. PERO ¡nos dejó en libertad para frustrar o cumplir ese propósito! Nos dejó libres para completar o derrotar el plan del Infinito. A veces me pregunto si Dios no desperdiciaría cuatro años con nosotros.

Empiezo con el Alfa porque quiero ser leal. Empiezo con un concepto que os puede parecer extraño, porque no estamos habituados a profundizar debajo de la superficie ni a mirar las cosas desde el punto de vista de la divinidad. Nuestro propio sistema intelectual personal, no ha sido nunca teocéntrico, y por eso una verdad tan sencilla como el hecho de que Dios ha costeado nuestra educación, pagándola para un propósito definido, puede llamar la atención de muchos por lo extraña. ¡Pero es verdad! ¡Dios es el Alfa!

Lo primero que hemos de tratar de comprender a continuación es en qué consiste nuestra Alma Mater. Está bien y es justo hablar de Holy Gross (Santa Cruz), Georgetown y Fordham, de New Rochelle, Trinidad y Notre Dame, o de otro cualquiera entre los centenares de Colegios católicos, dándoles el nombre de Alma Mater, pero no es bastante profundo. Es justo y conveniente nombrar a los Jesuítas, a los Benedictinos, a los Dominicos o a las Damas del Sagrado Corazón, a las Hermanas de la Caridad o de Notre Dame como centros de enseñanza, pero no es bastante profundo. Estas órdenes y congregaciones sólo existen porque un día cierto Hombre dijo: «A Mí se Me ha concedido todo el poder en la tierra y en el cielo», y ese Hombre era el Hijo de Dios. Por eso es por lo que yo digo que, a fin de cuentas, nuestra Alma Mater es la Santa Madre Iglesia, cuya alma, como sabéis, es el Espíritu de Verdad, y cuyo cuerpo somos vosotros y yo y los cientos de millones de criaturas bautizadas.

Esta es una manera cierta y teocéntrica de pensar. Dios nos ha seleccionado. Dios ha costeado nuestra educación, y la Iglesia de Dios nos ha enseñado. Dios es nuestro Alfa. Y Dios obra con un designio.

Bueno, ¿y por qué ha hecho todo eso? ¿Por qué la Omnipotencia y la Omniscien-

cia pusieron su dedo sobre vosotros y sobre mí? ¿Por qué entre los miles y los cientos de miles de muchachas y muchachos católicos Dios nos eligió precisamente a vosotros y a mí, llevándonos a las aulas de Centros católicos y manteniéndonos en ellas durante varios años? ¿Por qué?

No sé exactamente cuáles serán los pensamientos que acudirán a vuestras mentes al enfrentaros con estas preguntas; pero quiero que sepáis cuáles fueron los que acabaron por venir a la mía, porque los considero importantes, eternamente importantes, no sólo para vosotros, sino para la Iglesia y para Dios. He comenzado con el Alfa. ¿Creéis que terminaré con el Omega?

Pues seguid leyendo y veréis.

¡NO NOS HAGAMOS GEOCENTRICOS!

En un banquete de antiguos alumnos celebrado hace años, se pronunció uno de los mejores discursos de sobremesa que he oído en mi vida. Un compañero de clase escogió como tema «Los tesoros que nos entregó el Alma Mater», y su elocuencia fué magnífica.

Aquella noche consiguió emocionarnos

y muchos hombres se irguieron y muchos ojos contemplaron la vida con una visión más osada y más valerosa al llegar a comprender todo lo que el Alma Mater nos había dado en el transcurso de los cuatro años.

Una vez terminado el banquete, mi amigo fué rodeado por los compañeros, que agradecían sus palabras y le felicitaban calurosamente. Pero para todas las felicitaciones y alabanzas que recibió, sólo tenía una respuesta. Esta:

—¡Bah! Sólo he sido un altavoz sentimental.

Lo decía riendo y hacía reír a los demás al decirlo. Yo creí que aquélla era una manera elegante de eludir los elogios, y me hizo gracia. Pero cuando nos encontramos solos, dejó de hacerme gracia, porque no dejaba de repetir:

—¡Bah! Sólo he sido un altavoz sentimental más.

Y llegó hasta añadir que la única afirmación cierta que había hecho en toda la noche era ésta con que respondía a los elogios.

—Pero tu discurso...—le dije.

—Mi discurso ha sido puro sentimiento. Lo he concebido en un momento sentimental y lo he pronunciado sentimental-

mente, con el único propósito de provocar sentimentalismo. ¡Y vaya si lo he conseguido!

Luego, cambiando de tono bruscamente, me preguntó:

—Después de todo, ¿qué tesoros prácticos nos proporcionó el Alma Mater? El latín o el griego que allí aprendimos, ¿nos ayudaron alguna vez a conseguir un empleo o a conservarlo siquiera? ¿Y nuestros perfectos silogismos y nuestras claras distinciones filosóficas? ¿Engrosaron alguna vez el sobre de nuestra paga?... Toda la Química, la Física y la Biología, la Astronomía y la Geología y toda la Sociología y la Historia que allí estudiamos, ¿nos ayudaron alguna vez a realizar un buen negocio?

Hablaba con amargura y se tornó sarcástico al decir:

—La única cosa práctica que hizo nuestro Colegio fué llamar a nuestro grado «un comienzo» (1). Porque comienzo fué; comienzo de una nueva vida en un mundo extraño; comienzo de una educación práctica con la experiencia como maestra y los beneficios como calificación indispensable; comienzo del aprendizaje práctico

(1) *Comencement* o *comienzo* es el título que se da al día del fin de carrera en las universidades inglesas y americanas.

y del vivir práctico; comienzo del batallar de la vida después del mimoso arrullo de cuatro años en nuestra Alma Mater.

La conversación fué mucho más larga. En realidad, nos ocupó la mayor parte de la noche. Pero he transcrito de ella lo suficiente para que veáis por qué había llegado a la conclusión de que cuatro años transcurridos en un Colegio católico de educación liberal eran cuatro años perdidos en cuanto a los resultados prácticos.

Tenía razón mi antiguo condiscípulo. El latín como latín, y el griego como griego, jamás proporcionaron un empleo a nadie y la filosofía seria, la Historia o la ciencia tampoco ayudaron a nadie a conservarlo. ¡Mi amigo tenía toda la razón! Los clásicos, como clásicos, nunca incrementaron las ventas de un agente ni aumentaron sus comisiones. Pero donde mi amigo se equivocaba, y mucho, era al creer que tales asignaturas fueron enseñadas con aquellos fines.

Conocer al «prudente Ulises», a los «agraviados griegos» y al «ligero Aquiles» no se consideró jamás como requisito indispensable para acrecentar la venta de alguna mercancía. Cuando el Alma Mater nos hizo conocer a Platón, Sócrates, Demóstenes, Eurípides, Esquilo y Sófocles,

no nos enseñó que habríamos de tenerles como a «presuntos clientes». Homero nos contó que el mar «era resonante» y el «vino oscuro»; Virgilio nos habló del «piadoso Eneas» y del «facilis descensus Averno»; Horacio nos proporcionó odas y epístolas y Juvenal algunas verdaderas sátiras. De Cicerón aprendimos a construir las frases rítmicas y de Tácito a pronunciarlas secas y cortantes. Pero todos aquellos adjetivos y adverbios, todas aquellas frases melodiosas y aquellas imágenes brillantes de la pluma, nunca se nos enseñaron con la intención de servir de ayuda a un vendedor en el momento de hacer demostraciones de sus artículos o en el de «cerrar un trato». El objetivo del Alma Mater era más alto.

El telescopio, el microscopio y el pico del geólogo, son una impedimenta harto pesada para un moderno hombre de negocios. Saber quién atacó a quién y en qué lugar, en qué año y por qué motivo, son detalles inútiles que ocupan demasiado terreno valioso en la memoria del hombre cuyo objetivo es ganar un dólar. Pero el objetivo del Alma Mater era más elevado.

Para el hombre cuyos horizontes están limitados a las ventas y las comisiones y para quien la ambición de su vida se re-

duce a una cuenta corriente, la educación liberal resulta la inversión menos práctica y más inútil del mundo. ¡Es una pérdida de cuatro años! Y si la vida no tiene otra misión que ganar y ganar la mayor cantidad posible de dinero; si la prosperidad material y la seguridad económica han de ser la finalidad única de los esfuerzos humanos, entonces, os digo, terminemos de una vez con el sentimiento y el sentimentalismo, tachemos al Alma Mater de impráctica y proclamemos que su educación es una pérdida de tiempo.

Pero cambiemos de pie el zapato. Si nuestro mundo es hoy en día geocéntrico y no teocéntrico, los equivocados somos nosotros y nosotros los que desperdiciamos cuatro años, porque no supimos apreciar en qué consistía el único objetivo de las enseñanzas del Alma Mater. No nos enseñaba las artes por ellas mismas; se valió de ellas para enseñarnos el gran arte único: ¡el ARTE DE VIVIR! No nos proporcionaba el conocimiento de las ciencias por pura información; su único objetivo era nuestra formación. No nos enseñaba a ganarnos la vida; nos enseñaba a hacernos una vida. Nos enseñaba un arte y una asignatura para un fin. Su fin era *hacer nuestras vidas teocéntricas* y evitar

que nos volviéramos geocéntricos. Tenía en sí una unidad que rayaba en unicidad.

LA UNIDAD QUE SE APROXIMA A LA UNICIDAD

Yo sé que la acusación general contra nuestra generación es la falta de reflexión. Desde el púlpito, desde el estrado y desde la prensa, sacerdotes, pedagogos y periodistas nos tildan de generación irreflexiva. ¡Pero yo estoy convencido de que esa acusación colectiva es errónea! No nos falta el pensamiento; nuestro gran mal estriba en que tenemos demasiados pensamientos, demasiados pensamientos quizá, sobre los que no reflexionamos como es debido.

La mente del hombre moderno nunca está quieta. No puede estarlo, porque cuando no le grita la prensa le aturde la radio. A través de la Psicología, sabemos que la mente del hombre es como una placa fotográfica extremadamente sensible, que capta todas las luces y todas las sombras. ¿Cómo podemos entonces dejar de pensar si el torbellino de nuestro mundo, girando siempre, no nos concede un minuto de descanso, si ni siquiera en el hogar hay tranquilidad, si desde la mañana a la noche y con frecuencia después

aún, mucho después de entrada la noche, siguen grabándose una placa tras otra en nuestras almas sensibilizadas? No; ni nos falta qué pensar ni necesitamos tiempo para pensar. En eso consiste nuestro gran inconveniente: en que siempre estamos pensando. Lo que necesitamos de una manera especial es tiempo para dejar de pensar y para comenzar a reflexionar. Nuestra mente es como la plateada pantalla de un cine moderno de sesión continua. Segundo tras segundo, ininterrumpidamente, se proyectan sobre ella imágenes pasajeras. De lo que estamos necesitadísimos es de algunas proyecciones fijas, inmóviles, como de linterna mágica, para poder contemplarlas, estudiarlas ¡y aprender!

Nuestro mundo moderno es demasiado ruidoso; demasiado repleto de grandes titulares y de grandes programas de radio. Lo que necesitamos es un poco de silencio para poder escucharnos a nosotros mismos y reflexionar. Nos hemos vuelto tan ruidosos, que nunca podemos escuchar los susurros de nuestro «yo» reflexivo ni las profundidades de nuestro espíritu.

Nuestro mundo es demasiado luminoso. Hay demasiados letreros luminosos, demasiados focos, demasiadas baterías. Lo que necesitamos es un poco de oscuridad

para poder ver. ¡Para poder ver claramente el Camino, la Verdad y la Luz!

Tenemos tantos pensamientos, que no pensamos; tantos ruidos, que estamos sordos; tanta luz, que no podemos ver. En dos palabras: nuestra dificultad puede resumirse diciendo que nos ocupamos tanto de tantas cosas, que nunca logramos hallar tiempo para ocuparnos de la única cosa necesaria. ¡Y por eso somos un fracaso! Hemos fracasado y no hemos cumplido la única vocación que Dios nos dió; no hemos llegado a ser lo único para lo cual nos preparó; no hemos logrado alcanzar el único fin que El tenía en su pensamiento al enviarnos al colegio y al hacernos permanecer en él.

Sí, insisto en la unicidad de todo esto, porque sé que la mente de Dios se concentra en un propósito único y he visto la unidad de propósito de nuestra educación en el Colegio Católico. Lo que quiero que comprendáis es no sólo la unidad de todo ello, sino su unicidad. Cierto que estudiamos muchas asignaturas y muchas ramas de estas asignaturas; cierto que nos instruyeron sobre las diversas artes y las ciencias diversas; pero ahora que he abandonado el bullicio del mundo, ahora que me he enclaustrado en el silencio y oigo

mis propias reflexiones, ahora que me he vuelto verdaderamente teocéntrico, veo lo que quiero que vosotros veáis, la asombrosa unidad, sí, la casi unicidad de nuestra educación en el Colegio Católico. Estudiad estas «imágenes inmóviles». ¡Reflexionad! Y descubriréis en qué consiste el mal.

Dios, que costeó nuestra educación y nos envió a su Colegio, nunca hace las cosas a medias. Cuando dijo: «Id y enseñad a todas las naciones», instituyó sus escuelas. Cuando añadió: «Enseñadles a cumplir cuanto os he ordenado», trazó su plan de estudios. Al decir: «Lo primero, buscad el Reino de Dios», definió el propósito de toda educación. Y cuando definió: «Esta es la vida eterna, para que puedan conocerte a Ti, el único Dios verdadero, y a Aquel a quien Tú has enviado, Jesucristo», cinceló en el más atrevido relieve el objetivo y el objeto de toda la vida y de toda la sabiduría. Por eso me atrevo a decir que los colegios católicos no enseñan muchas cosas. Por eso digo que no enseñan más que una cosa, y eso a través de muchos medios distintos. Enseñan el CAMINO, el único Camino hacia la FELICIDAD. La felicidad de aquí y de la otra vida, y lo enseñan plenamente. No podrían hacer

otra cosa porque no son más que la continuación mística de Aquel que dijo: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan más abundante.» La vida, como sabéis, se vive para alcanzar la felicidad.

He visto a la gente reírse de la educación clásica y atacar la educación liberal; pero ahora que he tenido tiempo para reflexionar, he visto que es el burlón quien yerra y que sólo es desdeñoso el fracasado. De hecho, tal vez el resumen más inteligente que haya escuchado nunca sobre esta cuestión fuera el de mi compañero de estudios, el «altavoz sentimental», quien lo expuso aquella noche en que discutimos hasta qué punto los cursos eran prácticos. Lo hizo a la moderna manera americana, ingeniosamente, con exageración, con sarcasmo y en *argot*. Jugaba con las palabras y sobre las palabras y utilizaba el *reductio ad absurdum* con maestría de artista:

—Hoy en día, para la mayoría de nosotros—dijo—, Helena de Troya no es más que una chica del Nueva York alto; Quintiliano, el total de nuestro desequilibrado presupuesto, y Juvenal, un *gánster* menor de edad.

Y siguió citando verdaderas huestes de nombres clásicos y alusiones. Hizo todo

el recorrido, desde la *Ars Poetica* hasta la Etica y la Teología Natural. Pero cuando hubo terminado, le hice notar que había omitido una asignatura que se estudia en todos los cursos, una asignatura que *es* todos los cursos: la asignatura que hace católicos a los colegios católicos y hace liberal la enseñanza liberal.

Mi amigo pareció intrigado, y proseguí diciéndole que esta asignatura colorea todas las demás y les confiere ese verdadero significado que poseen. Es la única asignatura que cuando se aprende plenamente nos convierte en licenciados de un Colegio Católico; pero que sin saberla, aunque seamos cultos, inteligentes, refinados, brillantemente instruídos y asombrosamente sabios, aunque triunfemos por encima de las más optimistas esperanzas juveniles o de la madurez, no seremos CATÓLICOS. Esa asignatura no nos ayudará a ganarnos la vida; hasta es posible que en muchas ocasiones resulte un estorbo positivo, pero nos ayudará a hacer una vida. No está destinada a ser elemento decisivo para labrarse una carrera espectacular, pero es el único instrumento que puede cincelar un carácter, haciendo un hombre del hombre y una revelación de la mujer. Esa sola asignatura da significado a nuestro bachi-

llerato y a nuestro doctorado, porque mediante ella, y sólo mediante ella, seremos bachilleres y doctores en el único arte importante: el arte de vivir.

La enseñanza de ese arte es el fin y el objetivo de la educación liberal católica. Los colegios católicos no se proponen enseñar a ganar dinero ni pretenden que de sus aulas salgan reyes y reinas de las finanzas. Lo que se proponen es producir verdaderos hombres y mujeres radiantes. No es su propósito poner de manifiesto el instinto de Dios que se encuentra en el espíritu de cada hijo de nuestra raza caída. Por eso no enseñan más que un arte: el arte de vivir, el arte de vivir CATÓLICAMENTE, el arte de vivir la vida cristiana en toda su plenitud. ¡Cualquier otra clase de vida no es más que una farsa o una imitación! Por eso, durante cuatro años enteros, en todas las clases y en todos los cursos, ¡los colegios católicos enseñan RELIGIÓN!

Hablando etimológica y teológicamente, la religión es el lazo del hombre con Dios. Pero hablando pedagógicamente, es *la revelación del hombre y de Dios*. Por eso es por lo que digo que los colegios católicos enseñan un arte y una asignatura con un propósito; su meta no es la de formar solamente hombres y mujeres corrientes: ¡su fin es el de producir MÍSTICOS!

No os sobresaltéis. ¡Los místicos no son personas estrafalarias! En el sentido verdaderamente católico, son, sencillamente, hombres de verdad y mujeres radiantes, células que producen vida dentro del Cuerpo Místico de Cristo. Hombres de verdad y mujeres radiantes, que son representantes de los graduados de los colegios católicos, luces en medio de las tinieblas, almas teocéntricas en un mundo geocéntrico, caudillos temerarios de una raza perdida.

Eso es lo que los colegios católicos se proponen producir: MÍSTICOS, ¡almas felices que irradien a Cristo!

PERO ¿QUE HA OCURRIDO?

Seguimos aquellos estudios. Pero hoy, la mayoría de nosotros, sólo contamos con nuestros títulos para probar que somos bachilleres de colegios católicos. No hemos logrado la felicidad que se proyectó para nosotros ni la satisfacción prometida. No somos místicos. No somos hombres y mujeres diferentes de los cientos de miles de hombres y mujeres que nos rodean

y que nunca pisaron el patio de un colegio católico. ¡Pero no le echéis la culpa al Alma Mater! El Alma Mater nos enseñó el camino hacia la felicidad, y nos lo enseñó a conciencia. Cuando dejamos su tutela, nos hallábamos en posesión de un mapa de carreteras fácilmente legible. El Alma Mater había marcado con tinta roja nuestro camino. Sabía dónde habríamos de ir y cuál sería el itinerario más corto y más seguro. Pero nosotros, con nuestra ansiosa prisa por llegar, tiramos el mapa que aquella Dama de la Sabiduría nos había entregado y nos dedicamos a preguntar las direcciones a los inteligentes guardias de tráfico del mundo. Queríamos buscar atajos para llegar a la felicidad. Nos informamos de la dirección a través de algunos hombres muy listos y perdimos el rumbo. Si no encontramos gozo en la vida ni en vivir, si no estamos poseídos por esa «tranquilidad del orden» que el Alma Mater llamaba la «paz», si no disfrutamos de una armonía de todas nuestras facultades y un equilibrio perfecto del cuerpo y del espíritu, si no somos verdaderamente felices, no culpéis a nuestros educadores ni a nuestra educación. La culpa es nuestra. Ellos nos enseñaron

el camino y nosotros nos extraviamos deliberadamente.

Nos dijeron que debíamos construir nuestras vidas «cuadrangulares» y nos enseñaron a construirlas así. El Alma Mater nos proporcionó unos planos minuciosos. Nos mostró las indestructibles pirámides y nos aconsejó que construyésemos nuestras vidas de acuerdo con esa pauta, que basáramos nuestra vida en las cuatro esquinas inconmovibles de la Fortaleza la Prudencia, la Justicia y la Templanza, para luego seguir edificando hasta la cúspide, que debería perderse en Dios porque para Dios fuimos hechos.

Pero nosotros rompimos esos planos y comenzamos a construir como construye el sabio mundo: cimentaríamos nuestras vidas sobre el dinero, la fama, la posición y el placer. Nos creímos más sabios que nuestra Alma Mater. Se nos dijo que hallaríamos nuestra felicidad dentro, pero nosotros estábamos convencidos de que la hallaríamos fuera, porque el sabio mundo así nos lo había dicho. Entonces buscamos nuestra felicidad, no en lo que somos, sino en lo que podríamos obtener. No en la hombría ni en la femineidad que Dios nos había dado, sino en las chucherías y en las futesas que pudiéramos ad-

quirir. Sí; es demasiado cierto que la mayoría de nosotros hicimos pedazos los planos que el Alma Mater nos diera y que en lugar de edificar sobre las cuatro Virtudes Cardinales, cimentamos nuestras vidas ¡sobre los cuatro vicios cardinales!

No es difícil ver lo que ha ocurrido. Nos magnetizó el mundo materialista. Nuestro aprendizaje de la vida transcurrió bajo la tutela del Alma Mater, pero cuando hubo «terminado nuestro servicio» nos negamos a trabajar de acuerdo con las normas que nos había enseñado. Nos preparó para la felicidad, pero preferimos el hedonismo. Nos enseñó a producir felicidad y quisimos buscarla «confeccionada». Nos dijo que la felicidad procedía de la actividad personal y nosotros creímos poder hallarla en la mera pasividad. Nos recomendó buscarla desde dentro y nosotros insistimos en buscarla desde fuera. Nos dijo que procedía de la creación; nosotros nos empeñamos en que procedía de la absorción, y es por eso por lo que estamos mucho más cerca de ser esponjas que hombres y mujeres inteligentes.

Hoy preferimos leer un millar de renglones que escribir una sola frase. Preferimos escuchar la radio, con todos sus insustanciales temas, que pensar de verdad.

Preferimos repetir como loros la opinión de otro cualquiera, a formar una nosotros mismos. Somos hombres y mujeres «confeccionados» del siglo XX. Pensamos con pensamientos «hechos», pronunciamos frases «hechas», seguimos propagandas políticas «hechas», aceptamos ideales y programas económicos «hechos», ¡y no reflexionamos nunca! Por eso, somos equipos receptores y no estudios, pues no hacemos más que repetir y repetir sin producir nada. Por eso no somos felices ni conseguimos hacer felices a los demás. Somos luces apagadas, pozos vacíos, conductores conducidos, místicos magnetizados, portadores de la verdad engañados.

Es muy fácil ver lo que ha ocurrido. Preferimos la comodidad al contento; buscamos la ociosidad, no la vida; sólo pensamos en pasar bien el tiempo ¡y casi nos hemos olvidado completamente de pasar bien la eternidad! Nos hicimos totalmente geocéntricos cuando el dinero, el hombre y la mujer captaron totalmente nuestra atención. Nos dejamos absorber por un empleo, un sueldo, un talonario de cheques, una casa; por unos amigos, unas diversiones, un porvenir. Pero la verdadera vida y el verdadero vivir—esas cosas de valor eterno y perdurable—las olvida-

mos. Nuestro capital permanece ocioso mientras acumulamos eternas responsabilidades persiguiendo el arco iris en busca del poder, de la popularidad, el placer y la paz.

Ya es hora de decir «¡Alto!» y reflexionar. Ya es más que hora de percatarnos de que, mientras no seamos dinámicamente católicos, no alcanzaremos la felicidad serena; de que mientras no seamos teocéntricos de pensamiento, de ideales y de esfuerzos, no conoceremos la paz; de que mientras no seamos MÍSTICOS—hombres y mujeres conscientes de Dios, centrados en Dios, absortos en Dios—no conoceremos la felicidad aquí ni ningún grado mayor de gloria en el más allá. Ya es hora de que tú y yo reflexionemos y valoremos el capital que almacenamos como resultado de nuestros cuatro años de estudios en el colegio católico. Ya es hora de que recordemos lo que el Alma Mater nos enseñó con toda la claridad y la fuerza de su ser luminoso y vigoroso; es decir, que la meta de la vida no es económica ni política, sino moral y mística.

No os dejéis engañar. El punto de vista de la educación que os presento no tiene nada de estrecho. El Alma Mater poseía una unidad rayana en la unicidad en me-

dio de su sorprendente variedad. En realidad solamente trataba a dos seres—Dios y el hombre—con un solo propósito: la felicidad de ambos. Esta proposición no requiere prueba para los reflexivos. Si los colegios católicos se desviaran de esta ruta y de este objetivo, habrían sido traidores a Jesucristo, que les ordenó enseñar la verdad para que el hombre pudiese alcanzar la beatitud.

Ya sabéis que la Iglesia católica no admite forma alguna de divorcio. Cuando la separación es imperiosa, la autoriza; pero sabe que entonces el alma abandona la unión conyugal y sabe bien que un cuerpo sin alma es un cadáver. Así, igualmente, en la educación, separar el catolicismo de la cultura, divorciar la lectura, la escritura y la aritmética de la religión, produce un cadáver, o sea un algo organizado, pero NO un organismo.

Si esta exposición os parece extraña, yo creo que el error dependerá de nuestra perspectiva y no de la exposición en sí. Por muy incierto que sea nuestro pensamiento sobre el tema, la tesis es certísima. Dios costeó nuestra educación para nuestra formación y no para nuestra información, y su único objeto ha sido siempre que «los hombres tengan vida y la

tengan más abundante». Su Esposa y nuestra Alma Mater nos prepararon para la vida haciéndolo de la manera más práctica. Su educación liberal nos dotó con todos los dones buenos para que el hombre viva como hombre. Nos preparó para la vida y nos preparó concienzudamente, no sólo para esta vida, sino expresa y explícitamente para la otra vida, mucho más importante aún. Después de todo, ya sabéis que la vida es una unidad. No somos criaturas de una hora, sino seres inmortales. La vida para nosotros no ha de terminar nunca, aunque cambie nuestro modo de vivir. La vida no termina con la muerte, ¡en absoluto! Sólo es su forma la que cambia. En otras palabras: ¡nuestra eternidad acaba de empezar! Por eso, cuando digo que el Alma Mater nos preparó para la vida, no necesito hacer ninguna distinción. Digo que nos preparó para esa unidad que comenzó en el tiempo, pero que proseguirá siempre. Ella realizó su parte. Pero ¿y nosotros? ¿Hacemos la nuestra? ¿Utilizamos nuestro capital?

¿UTILIZAMOS NUESTRO CAPITAL?

En nuestros momentos de alborozo, con frecuencia hemos exclamado: «¡Esto sí que es vida!...» Pero cuando vino la reflexión hubimos de admitir que aquello NO era la vida. Lo que algunas veces hemos llamado vida era sólo una manera poco varonil y poco femenil de intentar escapar a la vida. Las drogas, las bebidas y el libertinaje nos transportan a otro mundo, es cierto, y nos hacen soñar. ¡Pero de los sueños se despierta siempre! Claro que soñar es una necesidad humana. Es parte de la vida y una de sus partes más felices. Por ello, el Alma Mater nos enseñó a soñar y trabajó para proporcionarnos el ARTE mismo de soñar. Quería que soñásemos sueños felices, sueños que no tuvieran un despertar triste o enfermizo. Dedicó dos años enteros al desarrollo de esta facultad y a la adquisición de este arte, porque sabía que el hombre y la mujer tienen necesidad de estimulantes. Los estimulantes son una necesidad psicológica y fisiológica al mismo tiempo. Pero el Alma Mater nos enseñó a obtener nuestros estimulantes de los libros y no de las botellas. Quería que fuésemos «muy hom-

bres», pero quería que esa plenitud procediera de la lectura, no del alcohol o de las drogas. Quería que soñásemos sueños susceptibles de convertirse en realidades, pero no que nos emborrachásemos. Por eso nos proporcionó dos años de Literatura. Pero me temo que hayamos dado de lado esta riqueza. Espero que no hayamos olvidado el arte.

¿Recordáis la época en que las frases de «¡Sed naturales!» y «¡Obrad de acuerdo con vuestra edad!» eran expresiones familiares? Como de costumbre, estos expresivos imperativos coloquiales tienen su base en un hecho psicológico y pedagógico más profundo. Durante cuatro años enteros, el Alma Mater luchó por enseñarnos a ser naturales y a obrar de acuerdo con nuestra edad. Para asegurar nuestra evolución hacia nuestras propias personalidades verdaderas, nos enseñó primero la falta absoluta de egoísmo en los dos primeros años y luego, en los últimos cursos, el egoísmo saludable. A través de la Retórica y del drama, nos mostró el corazón del hombre, y su alma, a través de la Lógica y la Psicología. Quería que sintiéramos por otros y que viviéramos por otros, pero sabía que no lograríamos hacerlo debidamente en tanto no supiéramos

vivir para Dios y para nosotros mismos. A través de todos sus cursos, trabajó por procurarnos el equilibrio. Y si en la actualidad estamos desequilibrados, se debe sólo a no haber utilizado nuestros caudales.

El Alma Mater fué sumamente concienzuda. No descuidó nada, desde nuestra fantasía hasta nuestro desarrollo físico. Teníamos nuestra biblioteca, nuestro gimnasio y nuestra capilla; nuestras artes, ciencias y filosofía y también nuestra cautivadora teología de amplios horizontes para hacernos soñar. Si hemos reducido nuestros horizontes y estrechado nuestro espíritu, si hoy en día nuestra vida tiene el noventa y cinco por ciento de material y el cinco por ciento de espiritual, si estamos estética y místicamente anémicos, pero económica y políticamente robustos; si la vida es nada más una batalla por el dólar; si la vida es eso tan árido, tan prosaico y tan desprovisto de romanticismo en que algunos la convierten; si es sólo tender la mano a todo lo que sea oro; si la vida ha perdido todo el lirismo y hombres y mujeres nos sentimos amargados, desilusionados y defraudados, ¡la culpa es nuestra! No hemos utilizado nuestro caudal. Os lo voy a probar.

¿SOÑAIS ALGUNA VEZ?

Un ser humano es algo más que un cuerpo solamente, y la vida es mucho más que una cantidad tremenda de trabajo, unas cuantas risas y muchísimas preocupaciones. El alma es más que inteligencia; tiene también una memoria y una voluntad, una fantasía y una imaginación, y quien no utilice todo ello no será verdaderamente humano. Como dije antes, el Alma Mater quería que fuésemos naturales, completamente humanos, y por eso, durante dos años nos enseñó Literatura. ¿Por qué? ¿Por qué nos saturaban de poesía en primero y de retórica en segundo? ¿Por qué los colegios católicos, que disponían de tan escaso tiempo para prepararnos para la vida, dedicaban tan gran parte de él a la Literatura?

¡Yo os digo que para hacernos felices, proporcionándonos el arte sublime de saber soñar!

Esto podrá pareceros una teoría única, pero discutidla conmigo; creo que podré demostraros cuál es el mal y lo que ha ocurrido. Y creo además que podré ayudaros a hallar la felicidad.

Yo digo que la Literatura se nos enseñó no tanto en beneficio del idioma como

en beneficio de la vida; que el primer año estuvo más encaminado a enseñarnos a vivir una poesía que a escribirla, porque fué un año de revelación: la revelación de Dios y del hombre. Dios, como sabéis, es la Verdad, la Belleza y el único objeto merecedor de nuestras más nobles emociones. El hombre está hambriento de poseer a Dios y de ser poseído por El.

No tenéis más que fijaros en lo que el Alma Mater nos hizo durante aquel primer curso. Afinó nuestro oído para la magia de la melodía y el arrebato del ritmo. Abrió nuestros ojos a la maravilla del mundo, enseñándonos a ver a Dios en todas las cosas, desde el sonido del mar hasta el silencio de las estrellas. La inteligencia, la memoria y la voluntad, la fantasía y la imaginación fueron puestas en juego y muy en juego. Ante nosotros, mundos enteros fueron conjurados en el último verso de un poema o en el estribillo de una letrilla. Se nos enseñó la inmortal trinidad de lo bello, lo bueno y lo verdadero. También durante aquel primer año aprendimos mucho del hombre. Aprendimos que el hombre, además de manos, tenía corazón y cabeza; que para el hombre existían otros estremecimientos que los de la carne; que se podía experimentar el éxtasis

en cualquier cosa, desde la mera musicalidad de la palabra *Kubla-Khan* hasta la agonía estremecedora del *Edipo, Rey.* ¡Ya lo creo que fué aquél un año de revelación!

Si del primer curso no salimos convertidos en creadores artísticos, al menos deberíamos habernos convertido en críticos capacitados, porque nuestro colegio católico era de lo más católico. Adoptó el recorrido entero de la escala de la Poesía. El Alma Mater no tuvo reparo en enseñarnos la belleza de la música de Swinburne ni los exquisitos camafeos de Omar Khayyam. Nos hizo conocer a los paganos no por su paganismo, sino por su poesía. Nos enseñaron la *Ilíada* y la *Odisea* no por su teología, su filosofía o su moral, sino por la grandeza épica y la verdadera belleza que contenían. El Alma Mater nos sumergió en un mundo de cadencias musicales, de deliciosas fantasías y de imaginaciones místicas, porque quería que supiéramos soñar y llevar una vida plena para poder alcanzar la felicidad.

¿Habéis vuelto a soñar desde entonces? ¿Habéis captado alguna vez al Poeta que hay en Cristo al escuchar su Evangelio? ¿Habéis vuelto a jugar alguna vez con el universo de Dios desde que abandonasteis

el patio del colegio? ¿Habéis sido lo suficientemente pequeños y lo suficientemente grandes para ser otra vez como niños? ¿Habéis sido «tan pequeños que los duendes alcanzaran a murmurar en vuestro oído que pudierais convertir las calabazas en carrozas y los ratones en corceles, la humildad en lo remoto y la nada en el todo»? ¿Habéis sido lo suficientemente grandes para «encerraros en una cáscara de nuez y sentiros rey de los espacios infinitos»? ¿Habéis «convertido alguna vez el universo en una caja de juguetes» para vosotros? ¿Os habéis mojado los dedos en el crepúsculo? ¿Os habéis llenado de polvillo de oro retozando entre las estrellas o habéis gastado bromas a la luna?... En otras palabras: ¿habéis sido el niño que Francis Thompson describe en su *Ensayo sobre Shelley,* diciendo que «le gasta bromas al rugiente trueno encerrado en la perrera y se ríe del temblor de su fiera cadena, que entra y sale danzando por las puertas del cielo, persigue al mundo que va rodando, se mete entre las patas de los caballos del sol, se sube a la falda de la madre Naturaleza y trenza sus cabellos sueltos de cien maneras fantásticas para ver cuál de ellas la hace aparecer más bella»?

No, ¡nosotros no hemos hecho nada de eso nunca! Porque eso hubiera sido soñar, y aunque soñar nos pueda hacer felices de momento, no sirve para ganar dinero; y nosotros preferimos ser tristemente ricos a ser felizmente pobres. ¡Esa es en una sola frase nuestra respuesta!

No somos plenamente felices porque no llevamos vidas de plenitud. El hombre puede hacer una verdadera fortuna, pero la fortuna nunca podrá hacer un verdadero hombre, y todos los hombres verdaderos son en parte soñadores. No me refiero a sueños ociosos, no. Me refiero al misticismo y la meditación, porque no hablo del hecho de dormir, sino de la visión. La forma de soñar a la cual me refiero sobreviene no cerrando los ojos, sino abriéndolos bien de par en par. Me refiero a la capacidad de remontarse desde lo visible a lo invisible, desde la criatura al Creador, desde la raíz a la mariposa, desde la estrella fugaz y la onda palpitante ¡a los eternos silencios donde habita la Trinidad; el Padre, engendrando eternamente al Hijo, y Padre e Hijo, produciendo eternamente al Espíritu Santo! Hablo de ir desde el corazón de una rosa hasta el Corazón de Dios, de levantarme de entre la basura de este mundo y su incesante re-

molino de materialismo y habitar en la luz de la Luz inaccesible, ¡de la Gloria, que es nuestra gloria, más allá de las estrellas! El sueño a que yo me refiero es el sueño práctico que el Alma Mater nos enseñó, el sueño del místico católico que saca el mayor partido posible de la vida porque a la vida se entrega por entero. Ese soñar que, con frecuencia, casi podríamos decir que siempre nos hace escuchar «la velocidad deliberada, la majestuosa insistencia» de los pasos del *Lebrel del Cielo*.

La vida, en su concepción más elevada, es espiritual, no material; intelectual, no sensitiva; imaginativa, fantástica, emocional; más poética que prosaica; ¡un poema y no un grisáceo realismo!

Pero ¿a qué proseguir? El viejo Cicerón nos enseñó que «las letras son el alimento de la juventud, el deleite de la ancianidad, el ornato de nuestra prosperidad y nuestro refugio y nuestro consuelo en la adversidad». Nos enseñó también que «las letras nos deleitan en el hogar, y sin resultar carga pesada lejos de él, se quedan junto a nosotros por la noche, son una compañía en nuestros viajes y nuestras compañeras en el retiro de nuestra casa de campo». Bueno, ¿y qué más da? El era viejo y era Cicerón. Nosotros limitamos

nuestras lecturas a los periódicos diarios y, todo lo más, al suplemento dominical. Las bibliotecas de nuestros hogares contienen unas cuantas revistas de actualidad que ni provocan la meditación ni satisfacen al espíritu. Y, sin embargo, ¡nos preguntamos en qué estriba el mal! Hemos olvidado que hay hombres que ven más de lo aparente y que hablan con cadencias musicales de la belleza y de la verdad que es un reflejo de Dios. Hemos olvidado que existen quienes, utilizando el ritmo y la rima, expresan sus altos pensamientos de modo que pueda conmover nuestros sentimientos más nobles. El Alma Mater encontró conveniente enseñarnos a soñar. Pero nosotros no creemos en los sueños. Nosotros pertenecemos al siglo XX. Estamos más cerca de ser máquinas de hacer dinero que hombres y mujeres capaces de soñar con Dios. ¡No es extraño que no podamos ser felices! Hemos abandonado el arte de soñar y, por tanto, hemos dejado paralizadas nuestras almas.

¿NO NOS HABREMOS VUELTO DEMASIADO SINGULARES?

Yo creo que sí. Y digo «singulares», por evitar el ofensivo calificativo de «egoís-

tas». Digo singulares, y con ello quiero decir que hemos cesado de ser universales. ¿Queréis discutir conmigo esta afirmación? Es mi manera de resumir el abandono en que tenemos el capital obtenido durante nuestro segundo curso.

Decidme: ¿Por qué nos enseñaron Retórica? ¿Fué solamente con objeto de capacitarnos para poder hacer un discurso debidamente? ¿Para poder hilvanar las palabras en forma calculada para persuadir? ¿Hicimos la disección de Demóstenes, de Cicerón, de Burke y de Webster sólo para saber lo que es un exordio y para redactar una perorata? De ser así, todo se redujo, en efecto, a una pérdida de tiempo. Porque la mayoría de nosotros no hemos pronunciado un solo discurso desde entonces, y la mayoría nunca llegará a pronunciarlo. De ser así, el Alma Mater no enseñaba arte, sino artificio, al producir fabricantes en lugar de hombres. De ser así, el segundo curso fué muy poco práctico. Pero ¿es así?

¡Yo digo que no! Yo digo que los colegios católicos no enseñan Latín, Griego e Inglés en su segundo curso. Yo digo que enseñan al hombre y su emotivo corazón. Enseñan al hombre y su relación con Dios. Enseñan la vida. ¡Ah!, ya sé que enseñan

«la reina de las artes» a través del triple medio del Latín, del Griego y del Inglés, y que lo hace para emparejar con una culminación adecuada la preparación de la inteligencia y del corazón que comenzó cinco años antes, cuando el niño empezó, balbuceante, a aprender la Gramática. Pero ahí es donde yo voy a parar, ¡el arte habla de universalidad!

El Alma Mater nos enseñó «la reina de las artes», y nos la enseñó a conciencia. En realidad, en el segundo curso, nos entregó un estetoscopio y, colocándolo sobre el corazón palpitante de la Humanidad, nos permitió escucharlo.

¿Qué fué Hécuba para nosotros o nosotros para ella, y por qué nos hace llorar su dolor? ¿Por qué nos inquietaríamos con Hamlet o nos enfureceríamos con Lear si no tuviésemos mucho en común con ellos? De no existir una tremenda solidaridad al mismo tiempo que una notable singularidad en nosotros, la literatura no podría vivir ni el arte poseer un atractivo universal. A menos que mi corazón palpite como palpitan los vuestros, y vosotros y yo tengamos ambiciones como Macbeth, ideales como Bruto y propósitos tan determinados como Hamlet, no existirá ningún espejo que pueda ofrecérsele

a la Naturaleza. Si la Humanidad no es una unidad, el drama no es más que un sueño estúpido y la retórica una pérdida de tiempo.

Pero el Alma Mater sabía más y quería que nosotros supiésemos más. Quería que nos conociésemos a nosotros mismos y conociéramos a nuestros semejantes. Por eso, durante un año entero, nos ajustó el estetoscopio al oído y nos enseñó a captar todos los sonidos del palpitante corazón de la Humanidad. Ese es el porqué de Cicerón y Demóstenes, de Sófocles y de Shakespeare; ése es todo el porqué del segundo curso. No es el drama ni la retórica lo que importan, sino la universalidad que hay en cada uno de nosotros, nuestra solidaridad en la raza humana. Estos estudios se llaman con razón «Humanidades», porque tienden a poner de manifiesto nuestro gigantesco egoísmo y a cercenar su peligroso crecimiento. Nos enseñan claramente que el corazón humano no es tan sólo una bomba para la circulación de nuestra sangre, sino también un instrumento sensitivo de numerosas cuerdas sonoras que vibran con el más leve soplo.

Los colegios católicos tienen un segundo curso que convierten en prolongado retiro para hacer de nosotros humanistas

cristianos. Lo convierten en una época en que estudiamos a Dios y al hombre y aprendemos a vivir.

En gran parte del drama, el Alma Mater nos enseñó cómo NO habríamos de vivir, y el hombre reflexivo, al recordar las lecciones de su segundo año, ha de exclamar entrecortadamente:

—¡Qué viejo es lo nuevo! Pero... ¡qué viejísimo es lo nuevo!...

Julio César nos proporcionó el cuadro de un mundo sin Dios y de un hombre, una diminuta criatura de arcilla, que aspiraba a convertirse en deidad omnipotente. Y hoy en día el papel de Julio César está siendo representado, con traje moderno, por un Stalin y un Hitler. Las «purgas» no son modernas: Enrique VIII era muy aficionado a ellas.

Pero toda esta unidad y esta semejanza. toda esta similitud y esta solidaridad, toda esta asombrosa universalidad habrían sido inútiles si el Alma Mater no nos hubiera enseñado nuestra solidaridad en el Cuerpo Místico de Cristo, explicando nuestras lágrimas por Hécuba, nuestra compasión por Hamlet y nuestra piedad por Lear al enseñarnos nuestra fuente común: el aliento de Dios.

Durante nuestros estudios en el colegio tuvimos muchos retiros y sermones, pero nadie predicó mejor ni nos procuró mejores retiros que William Shakespeare. El vivirá a través de todas las edades siendo un misionero para muchos y un maestro de retiros por excelencia para millones de personas, sólo por lo bien que sabía que los individuos no son tan individualistas, sino que tienen mucho en común. Nos enseñó con la mayor claridad que podemos ser tan ciegamente supersticiosos y tan vorazmente ambiciosos como Macbeth, tan ingratos, tiránicos y voluntariosos como Lear, tan dominados por las mujeres como Hamlet y tan estúpidos como César al deificarse a sí mismo.

¡Así fué de unificado nuestro curso! Shakespeare era un padre espiritual y la Roma pagana una maestra de retiro para enseñarnos nuestra religión. El Alma Mater sabía que sólo contaba con un plazo de veintiocho meses para moldear el corazón y la mente y encaminarlos a «buscar lo primero el Reino de Dios». Sólo veintiocho meses para enseñarnos que somos hijos de Dios y que también lo es nuestro prójimo. Sólo veintiocho meses para caldear nuestros pechos, primero con el amor por Dios, y luego con el amor a nosotros mismos y al prójimo. Por eso trabajó con

el Griego y el Latín y el Inglés, con el microscopio y el telescopio de la ciencia, pero especialmente con el estetoscopio de la Literatura, para enseñarnos que somos uno, sólo uno con cada hombre y con cada mujer que alienta, pues todos hemos recibido el hálito de Dios.

El Alma Mater no piensa que el segundo curso sea un fracaso porque nosotros hayamos dejado de leer a Shakespeare y hayamos olvidado la forma de escribir un discurso. No. Sabía que habría de llegar el día en que la mayoría de nosotros olvidase hasta el alfabeto griego. Pero esperaba que no olvidaríamos nunca que todos pertenecemos a Dios. Esperaba que nunca nos volviésemos tan egoístas como para olvidar que el vecino de al lado o la mujer de enfrente son carne y sangre; que bajo su rígida frente y sus harapos palpita un corazón hambriento; que lo que el hombre, la mujer y el niño ansían más en la vida no es el dinero, el poder ni el dominio, sino la cordialidad humana. Cada uno de nosotros nos sentimos solitarios, y una palabra, una sonrisa, una palmada en la espalda significan mucho para todos nosotros. Por eso precisamente dedicábamos la mitad del tiempo en el colegio al estudio de las Humanidades. El

Alma Mater quería que el latido del corazón humano palpitara incesantemente en nuestros oídos, hallando eco en nuestro propio pulso, impulsándonos a las obras espirituales o corporales de misericordia, a fin de que pudiéramos componer el Cuerpo Místico de Cristo. Vuelvo a repetir que el objeto del Alma Mater era ¡convertirnos en místicos!

¿Os parece una ambición demasiado remota? ¿Me retuerzo y me esfuerzo cuando voy de Yocasta a Jesucristo, de Macbeth al Cuerpo Místico, de la Retórica a la Acción Católica? Si es así, no conocéis a vuestra Alma Mater. Ella os preparaba para la vida, pero no exclusivamente para *esta vida*. Ella conocía el Evangelio de Cristo y sabía que el Cielo es para quienes visitan a los enfermos y a los presos, visten al desnudo, dan de comer al hambriento, de beber al sediento y posada al peregrino. Nos enseñaba Humanidades, pero unas Humanidades cristianas que necesariamente habrían de culminar en un amor cordialísimo por toda la Humanidad, puesto que todos son miembros reales o en potencia de nuestros miembros y de Cristo, nuestra Cabeza.

Pero nosotros nos hemos olvidado del pobre Edipo ciego y de la insomne Lady

Macbeth. Hace ya mucho tiempo que dejamos de llorar por Lycidas. ¿Qué tiene de extraño si ni siquiera sentimos por Cristo? Nos hemos vuelto tan singulares, que nuestros días, nuestras noches y nuestras mañanas están totalmente ocupadas con el «yo». «La caridad empieza por uno mismo...», y ¡ahí mismo termina para nosotros! Y apenas podría decirse que es caridad cristiana, puesto que es más bien cautela. Nosotros, los que pertenecemos a una generación sacerdotal, somos enteramente prácticos. Para nosotros nuestro prójimo no es más que un posible cliente, un posible escalón, una posible fuente de ingresos. Pero representar el papel de Samaritano, ser otro Cristo «que vaya haciendo el bien» por el mundo, ser un sacerdote cristiano que ofrece el sacrificio por la Humanidad; ser lo suficientemente práctico para acuñar dinero para el Cielo y comprarnos nuestra eterna mansión a plazos, siendo los plazos las diarias obras de misericordia, es misticismo. ¡Eso es medieval! ¡Eso es beatería! Y nosotros ¡somos universitarios presumidos e intelectuales del siglo XX!

¡En qué ciegos estúpidos nos hemos convertido! El Alma Mater nos enseñó el camino seguro de la felicidad aquí y en

el más allá, pero nosotros seguimos sin creerlo. Nuestros corazones están vacíos aunque los bolsillos de muchos estén bien repletos, y todos suspiramos por la felicidad aunque nos hayamos sumergido en el placer. ¡Arranquémonos la venda para mirar y ver que la felicidad sólo se puede adquirir dando! Dándonos a nosotros mismos a los demás. Entregad vuestro tiempo, vuestro pensamiento, vuestra palabra más brillante y vuestra más resplandeciente sonrisa. Los corazones humanos están hambrientos. ¡Vosotros podéis llenarlos! Los corazones humanos están sedientos. ¡Dadles un trago refrescante! Los corazones humanos están desnudos y fríos. ¡Abrigadles! Los corazones humanos están solitarios y carecen de cobijo. ¡Abridles vuestras puertas, al menos, si no las de vuestra casa, las de vuestro corazón y de vuestras oraciones! ¡Ponedlos junto al Corazón de Cristo y se sentirán abrigados por un calor verdadero! Y recordad siempre que «¡cuanto hagáis al último de mis hijos me lo hacéis a Mí!»

De nuevo os requiero para que seáis místicos, porque sólo el místico es merecedor del nombre de hombre, porque él es el único que capta el verdadero propósito de la vida. Si no queréis ser solamente

una bestia de carga, un animal de presa, un animal de placer o de orgullo, sed el hombre o la mujer que el Alma Mater os enseñó a ser. ¡Sed místicos y disfrutaréis de la vida!

Vuelvo de nuevo a la felicidad al decir que el único hombre de la tierra que sabe disfrutar de la vida es el místico. Todos los demás disfrutan solamente de la muerte, porque lo que ellos llaman vida no es vida, sino muerte. Dios es vida y solamente el místico es lo suficientemente sabio para gozar de Dios.

Y vuelvo de nuevo a Dios y os digo: gozad de Dios. Servidle. Alabadle. Reverenciadle. Vedle en vuestro prójimo. Colocaos de nuevo el estetoscopio del segundo curso y escuchad el corazón de la Humanidad. Late como el vuestro. El drama se está representando a vuestro alrededor, por todas partes. Cada uno de vosotros está creando un drama. ¿Será un poema o una tragedia? ¿Será el cielo o el infierno? ¿Será por Dios o contra Dios? Tiene que ser lo uno o lo otro. Sólo el recién nacido o el idiota pueden permanecer neutrales, y a vosotros no os faltan años ni inteligencia. Vosotros sois graduados de colegios católicos, preparados para ser místicos y amantes de la Humanidad por ser amantes de Dios.

No seáis demasiado singulares. Eso fué lo que perdió a Satanás. Pero sed lo suficientemente singulares, como lo fué Cristo.

¿SOMOS SUFICIENTEMENTE SINGULARES?

El individuo más singular que puede hallarse en este desquiciado mundo moderno en que vivimos es el hombre o la mujer estrictamente lógicos. El ritmo de nuestra época es demasiado acelerado para pensar rectamente y la «inteligencia moderna» ha desterrado a la razón.

Cuando Hilario Belloc tuvo que escribir sobre eso que nada tiene de «moderno» ni de «inteligente», pero que se ha dado en calificar de «inteligencia moderna», quedó completamente asqueado. La define como «un espíritu que ha perdido toda relación con la forma lógica y es demasiado negligente para razonar». Dice que está compuesto de «orgullo, ignorancia y pereza intelectual, siendo su principio de unión una aceptación ciega de la autoridad no fundada en la razón». Habéis de admitir que Belloc está en lo cierto. La trinidad que rige nuestros días la

constituyen la Moda, la Imprenta y la Reiteración. Aunque un millar de afirmaciones jamás constituirán una prueba, imprimid cualquier cosa, repetidla con frecuencia y el hombre moderno y la señorita moderna acabarán por aceptarlo como si estuviera estrictamente probado y lo convertirán en imperiosa moda. Esa es la psicología que se oculta tras la propaganda. El hombre moderno va dejando de ser hombre a medida que va convirtiéndose más y más en loro. Casi no hace más que repetir y repetir lo que ha leído o escuchado, y al emplear así su memoria cree estar empleando su pensamiento. Por eso digo que la persona más singular que hoy puede hallarse en el mundo es la persona que piense con rectitud.

Claro que si la Filosofía no fuera más que una ciencia especulativa, esta condición podría pasar por lamentable, pero no por perniciosa. Pero cuando sabemos que vivir y amar rectamente dependen de pensar con rectitud; cuando sabemos que la lógica, el amor y la vida forman una trinidad unida y se suceden tan inevitablemente como el mediodía, la noche y la mañana; cuando sabemos que la idea hace nacer el ideal o el principio y que sobre éstos se basan nuestras acciones, llegamos

a estremecernos. La Filosofía podría considerarse como ciencia especulativa si la Historia no nos hablase de la Francia de 1790, de la Rusia de 1920, de la Alemania de 1940 y del mundo en el momento actual. La Filosofía podría considerarse como ciencia especulativa si no viésemos a Cristo crucificado en nuestras universidades, excluído de nuestra política e ignorado en nuestro mundo comercial. La Filosofía podría ser considerada como una ciencia especulativa si nuestra patria no estuviera infestada de amores libres y de vidas más libres aún, si no existieran Reno, los tribunales de divorcios ni las inclusas. La Filosofía NO es una ciencia puramente especulativa. No se trata de algo que HAY QUE SABER. Se trata de algo que HAY QUE VIVIR, y por eso el Alma Mater nos proporcionó todo un curso de Lógica.

¿Hemos sido rectos en nuestros amores y en nuestras vidas? ¿Hemos sido lo suficientemente singulares para ser rectos en nuestra lógica? El Alma Mater así se lo proponía. Se proponía que fuésemos sumamente singulares y por eso nos dió un curso entero de Filosofía escolástica. ¡Qué maravilla la de aquel curso! Motivó que el profesor de Educación de Harvard, L. J. A. Mercier, prorrumpiera en un to-

rrente de parabienes a los estudiantes de los colegios católicos por tener la suerte de obtener una filosofía de la vida completa y bien definida, que podía ser justificada. Dijo que las aulas de los colegios no católicos estaban llenas de estudiantes que no conseguían una tal filosofía de la vida y cuyo pensamiento era, por consiguiente, «caótico, lamentablemente caótico». Tenía motivos para saberlo, y nosotros deberíamos tenerlos también. Todo nuestro mundo es caótico, pero eso ocurre solamente porque su pensamiento es caótico. No tiene nada estable porque sus principios no están establecidos. En cambio nosotros, desde la mitad de nuestros estudios, fuimos rígidamente establecidos en la fijeza de una determinada filosofía. ¿Nos hemos extraviado?

Hago preguntas porque no me gusta escribir las respuestas. Si he de hacer uso de la puntuación, permitidme utilizar la interrogación en lugar de la exclamación. Me duele menos y a vosotros debería estimularos más. Por eso pregunto: ¿Hemos empleado nuestra lógica? ¿Contrastamos todas las afirmaciones con la piedra de toque de la verdad, todos los argumentos con la piedra de toque de la forma, todas las reivindicaciones con la piedra de toque

del hecho? Así nos enseñaron a hacerlo. Nos enseñaron a analizar y a sintetizar, a distinguir con claridad y precisión, a ir de las premisas mayores o menores hasta la conclusión perfecta. Se nos enseñó a pensar con rectitud. Nos prepararon para deleitarnos con la rectitud de razonamientos, porque el hombre sólo es hombre cuando es humano y solamente es humano cuando piensa y desea de acuerdo con unas reglas fijas. ¿Hemos sido verdaderamente humanos? El Alma Mater quería que lo fuésemos, pues sabía bien que ése era el único camino conducente a la felicidad.

Sí, vuelvo otra vez a mi afirmación primera. La educación es sólo para la felicidad. Y digo que pensar rectamente produce una emoción, un éxtasis al adivinar la verdad, un deleite al descubrir el error y distinguir lo verdadero de lo falso. ¡Más aún! Digo que el Alma Mater nos entregó el Arbol Porfírico para que pudiéramos ascender hasta Dios y las Reglas de los silogismos para que pudiéramos hallar la Trinidad. La mire por donde la mire, siempre encuentro en la Lógica presagios de la Trinidad. Sé que existe la perfecta unidad en la trinidad de la Lógica, de la vida y del amor. Sé que la rectitud de pensa-

miento engendra la rectitud de vida y ambos la rectitud en el amor. Sé que el silogismo sólo puede tener tres términos que constituyen un argumento y muestran una verdad concluyente. Sé que la verdad es eterna, inmutable, absoluta. Por eso sé que al aprender las reglas de los silogismos y golpear las fuentes de la sabiduría yo llamaba a las puertas de Dios.

El Alma Mater no tenía nada de impráctica. Cuando llegábamos al penúltimo año íbamos madurando; estábamos a punto de convertirnos en hombres y mujeres completamente adultos. Por eso se nos dió el alimento de los fuertes—la metafísica—. Con una temeridad que solamente se encuentra en aquellos que poseen la verdad, el Alma Mater nos hizo conocer a los errados y al error. Conocimos a los escépticos, a los agnósticos y a los ateos. A los positivistas, nominalistas, conceptualistas, materialistas, idealistas y panteístas. Sin vacilar, nos hizo conocer a Descartes, sus dudas y los terribles frutos que engendraron: hombres que fluctúan desde el panteísmo y el idealismo de Spinoza hasta el materialismo y ateísmo de Hobbes. Vimos a Berkeley engendrar a Hume y a Kant dar nacimiento a Fichte, Schelling y Hegel. Y vimos a los hijos sobrepasar invariablemente a sus predecesores. Berkeley niega la existencia sustancial del cuerpo; Hume negaba la del espíritu; Kant nos proporcionaba la «incógnita X», pero sus hijos convirtieron todo, desde la *a* a la *z* en «ignoto». No puede extrañar que oyéramos decir a Schopenhauer que el mundo era un manicomio, prescribiendo, como único remedio para la Humanidad, el suicidio universal.

Analizamos estos hombres y sus métodos y vimos que todos eran parecidos. Darwin, Spencer y Huxley, Nietzsche, James y Bergson no son más que ciegos guiando a otros ciegos y, como anunció nuestro Salvador, cayendo juntos al pozo.

Conocimos a estos hombres en nuestras aulas y allí los refutamos. Mientras estuvimos en el colegio, no quisimos relación alguna con ellos ni con sus enseñanzas, porque odiábamos el error y estábamos aprendiendo a vivir la verdad lógica. Pero hoy, al vivir la lógica nuestra, ¿somos igualmente cautos, tan prudentemente críticos y tan católicamente sinceros? ¿No es nuestro socio comercial un materialista práctico al trabajar con el principio de «beneficios a toda costa»? Y el hombre de enfrente, ese que siempre habla de religión sin practicar ninguna, ¿no es un es-

céptico agnóstico? Y la vecina de abajo, esa mujer tan imbuída de las últimas formas de divertirse sin pagar el precio, ¿no es una hedonista? Y esa joven pareja que siempre están dando recepciones, ¿no son un par de «come, bebe y diviértete» ateos? ¿No estáis rodeados de comunistas y paganos? Ellos viven sus filosofías falsas. ¡Y vosotros debéis vivir las vuestras!

Tenemos que ser sumamente singulares en nuestro trastornado mundo porque poseemos una lógica que se ocupa de nuestra psicología y de nuestra fisiología. Tenemos una lógica que ha de ser amada y vivida. Tenemos una lógica que sirve de custodia y de guía, que rige y regula, que garantiza y asegura nuestras vidas y nuestros amores.

La Filosofía es una ciencia muy práctica. De no haber existido un Marx y un Engels no habrían surgido un Stalin y un Hitler. Hobbe, Locke y Hume son responsables en gran parte de nuestras embriagueces, de muchos divorcios y de muchos abortos. El suicidio, el asesinato y las violaciones pueden achacarse a Schopenhauer, a Spencer y a Huxley, porque todo delito exige un delincuente y todo delincuente, antes de obrar, ha de tener un concepto. Por eso digo yo que los ci-

mientos de Sin Sing, los de San Quintín, de Leavenworth y de Walla Walla (1) fueron colocados por estas falsas filosofías. Permitidme insistir en que vuestra salud mental, vuestra verdadera felicidad, vuestra verdadera santidad están basadas en la lógica, en la lógica que el Alma Mater os enseñó durante el penúltimo curso.

Cuando volvéis al patio del colegio, no ya como muchachos y muchachas, sino como hombres y mujeres del mundo, esposos y esposas, padres y madres, el Alma Mater, al contemplaros, desearía que vuestras reducidas familias se debieran a la limitación cristiana y no a la pecaminosa limitación de los nacimientos; que vuestra creciente cuenta corriente se debiera al empleo de principios firmes, no a las prácticas astutas; que vuestra creciente popularidad se debiera al verdadero valor y no a la duplicidad; desearía ardientemente que vuestro progreso en el mundo financiero, político y social no se debiera, en ninguna forma, a un catolicismo transigente, sino más bien a una forma vibrante de poner en práctica vuestra filosofía escolástica. ¿Están bien fundados sus deseos y esperanzas?

Queramos o no, hemos fracasado en

(1) Famosas penitenciarías norteamericanas.

algo. La vocación que Dios nos dió no se está cumpliendo. Nuestra vocación es la de ser católicos militantes en medio de un mundo pagano. No representamos una quinta parte en nuestra patria, pero ¡qué discordia produciríamos en ese incesante canto de desquiciado materialismo si un hombre de cada cinco diésemos una voz a la espiritualidad de Cristo! Apenas representamos una quinta parte en América, pero ¡qué retroceso produciríamos en la siempre creciente marea del paganismo si proclamáramos audazmente nuestro catolicismo! No llegamos a representar una quinta parte, pero ¡qué diferente sería nuestra América si uno de cada cinco viviera su lógica católica! Sí, en algo hemos fracasado. No somos lo suficientemente singulares para que la pluralidad de las gentes se detengan y se pregunten: «¿Qué es la verdad?» No somos lo suficientemente lógicos para hacer que los ilógicos se detengan y se pregunten: «¿Qué debemos pensar de Cristo?»

¿POR QUE NO SOMOS AVENTUREROS?

Durante el último curso, el Alma Mater concentró todos sus esfuerzos en el individuo. Desde todos los ángulos posibles,

enfocó nuestras almas con sus faros detectores. Nos enseñó Psicología para demostrarnos que teníamos un alma, un alma inmortal, personal, espiritual y libre. Nos enseñó Etica, para demostrarnos que teníamos derechos y deberes correspondientes. Nos enseñó Teología natural, para demostrarnos que teníamos un Dios, un Dios personal e infinito, omnisciente, omnipresente y omnipotente. ¡Qué año de deleite y de revelación fué aquél! ¡Qué culminación para una enseñanza perfetamente equilibrada! ¡Qué éxtasis para el *ego!* Al hombre diminuto le fué enseñada su dignidad sublime, su deber y su asombroso destino. Aquel año necesitamos toga y birrete porque el decoro exige tales vestiduras para penetrar en el santuario de los santos.

La Literatura nos dió a conocer mucho sobre la vida, sobre el hombre, sus usos y sus costumbres. Habíamos visto las alturas y las profundidades que puede alcanzar. La poesía había alimentado nuestra fantasía encendiendo nuestra imaginación e inflamando nuestras emociones con sus elevados pensamientos. La Retórica había estremecido nuestro ser al traducir para nosotros los latidos del corazón humano que oíamos palpitar en nuestro estetosco-

pio literario. Así aprendimos mucho sobre el hombre, e indirectamente, mucho sobre Dios. Después vino la Lógica, acentuando el intelecto, y nos encontramos analizando con un microscopio la mente del hombre. De esa manera, durante tres años, tratamos con lo universal y sólo indirectamente con nosotros mismos; pero luego vino la reconcentración y el concentrarse en el *ego*. El Alma Mater iba aumentando la presión, porque la aurora del «comienzo» empezaba a aclarar el Oriente. Como no tardaríamos en lanzarnos a la gran aventura de la vida, el Alma Mater quería que supiésemos cuál era nuestra propia dignidad, nuestro deber y nuestro destino. La vida es una cuestión sumamente personal. El individuo es siempre lo principal. Por eso el Alma Mater acentuó nuestra individualidad, susurrando, como si dijéramos, sus palabras de despedida: «Recuerda lo que eres y dónde vas.»

La Psicología resultaba estimulante. Bajo nuestro microscopio mental pasaron un ejemplar tras otro hasta que probamos —con una prueba tan rígida como una fórmula matemática, tan tangible como el hecho mismo y tan cierta como Dios—que somos algo más que un paquete de átomos destinados a la desintegración y a la

tumba; que somos bastante más que un mono superiormente organizado y evolucionado; mucho más que carne, hueso y sangre. Con un sentimiento parecido al temor contemplamos los distintos grados de grandeza: la roca, la rosa, el gusano retorcido, y fuimos subiendo desde aquello que no hace más que crecer a aquello que ve y siente y oye, para llegar a lo que sabe y comprende. Entonces, con la misma fuerza que la explosión de una bomba, percibimos la atronadora verdad de la sencillez del alma, la espiritualidad y la inmortalidad. Fué entonces cuando comprendimos que procedíamos de Dios. El cuerpo podía proceder de la sangre del bruto, pero el alma espiritual ES el soplo de Dios. Y por eso es por lo que decimos que no fuimos formados ni modelados, sino que fuimos creados. «Aquel que es» hubo de trabajar para que nosotros pudiéramos ser. ¡Ya lo creo que la Psicología resultaba estimulante! Probaba que tenemos un alma espiritual que es inmortal y una voluntad que es libre. Nos mostraba claramente cuál es nuestra dignidad: ¡la de ser hijos de Dios!

Luego, lógicamente, siguió la Etica. Que un individuo tenga derechos, derechos inalienables, significa que tiene los deberes

correspondientes. Pero la verdadera revelación de la Etica no fué tanto nuestro deber como nuestro destino. Porque la Etica tomó el hambre de nuestras almas y nos dijo lo que aquello era. Nos dijo que estábamos hambrientos de felicidad, y de una felicidad que no es sólo placer, sino una posesión permanente del bien.

Los años han volado desde que aprendimos esa verdad. ¿No es hora ya de que la vivamos? El placer no es felicidad; no es más que una falsificación y un simulacro. Si aún no lo habéis averiguado, preguntad al bacante y a la bacante. Os dirán que el placer no es la felicidad ni podrá serlo jamás, porque cada copa llena hasta el borde tiene sus heces, y cada noche de orgía representa un amanecer de fortísimo dolor de cabeza. Si todavía no lo habéis averiguado completamente, preguntad a los sabios y mundanos anticoncepcionistas. Os dirán que el placer no es la felicidad, e insistirán mucho sobre ello si los conocéis hacia el final de sus vidas. ¡Porque una casa sin hijos nunca puede ser un hogar! Si no estáis plenamente persuadidos de que el placer no es la felicidad, preguntad al señor y a la señora Mammon, a los rozados por el rey Midas o al señor Semidiós, el elegido del pueblo en las vo-

taciones. Os dirán que el dios, el oro y la gloria no constituyen la felicidad, ¡porque son demasiado difíciles de conservar!

¡Comprendedme! El Alma Mater nunca dijo que renunciáramos a disfrutar de nuestros placeres. ¡Nunca! El cristianismo no prohibe que se arranque todo el placer posible de las cosas pasajeras de este pasajero mundo, con tal que ese placer no sea a expensas de vuestra verdadera felicidad. El cristianismo nos enseña—y el Alma Mater hace gran hincapié sobre ello—que elegir la mayor cantidad imaginable de placer humano a expensas de la más pequeña rendición de una norma moral, es un acto de estupidez de quien carece de lógica. Enseña que tomar lo pasajero en lugar de permanente es una locura; que buscar el placer, olvidando mientras tanto la felicidad, es ser anticristiano, anticatólico e infiel.

La Etica nos mostró nuestro destino. Decía que si éramos fieles a nosotros mismos tendríamos a Dios. Nos dijo algunas cosas maravillosas; nos habló del *ego*, de la familia y del Estado; nos dijo lo que era y lo que no era del César; lo que los padres debían y no debían hacer; en lo que se puede y en lo que no se puede ceder. Pero lo más hermoso de todo lo que

la Etica nos dijo es que tenemos que apoderarnos de Dios. La felicidad es imposible de cualquier otra manera. La beatitud es la meta de la vida y no hay más que un camino que conduzca a ella. Con la más rotunda de las voces la Etica decía continuamente: «Si queréis la verdadera felicidad, seguid el camino.» Y ese camino se llamaba «LEY», la ley natural, que es una participación de la divina. Yo os digo: Recorred ese camino, graduados de los colegios católicos, y por la noche vuestras almohadas resultarán más mullidas y un día os levantaréis descansados de vuestro lecho de muerte.

Dignidad, destino y deber... ¡Qué trilogía más maravillosa! Pero como no existiría ni podría existir sin Dios, el Alma Mater abrió de par en par la amplia puerta para su más grande revelación natural cuando nos enseñó la Teología natural. La Etica había traducido el hambre de nuestro corazón y la sed de nuestra alma. Nos dijo que deseábamos la posesión permanente de la verdad y una ininterrumpida posesión de lo bueno; nos dijo que deseábamos la beatitud. La Teología natural nos dijo quién es la Verdad y quién es el Bien; tradujo la «beatitud» de la Etica en ese monosílabo de cuatro letras que lo con-

tiene todo; la Teología natural nos habló de DIOS. Llevó a cabo ese acto tan satisfactorio de derramar la luz de la razón sobre la «Evidencia Invisible», realizando el acto emocionante de analizar ese ir a tientas del hombre en pos del Dios intangible.

Tomando los cinco argumentos tradicionales de la filosofía escolástica, esos cantos metafísicos compuestos por Santo Tomás, el Alma Mater nos entregó el tesoro que el tiempo no puede agotar jamás y la belleza que conduce y se mezcla con la visión que nos bendecirá para toda la eternidad si somos fieles. Estos argumentos para probar la existencia de Dios, son la culminación y la recapitulación de todos nuestros estudios de bachilleres. En ellos encuentro poesía que me hace soñar. Comenzar con lo infinitesimal y llegar a lo Infinito: desde el movimiento que es casi reposo hasta el Principio del movimiento que nunca está en reposo; ir desde la belleza del corazón de una rosa hasta la belleza inextinguible del Corazón de Dios; ir desde la perfecta simetría de los cristales de un copo de nieve para continuar subiendo hasta el orden que se encuentra en el sol y en la luna y las estrellas hasta el Ordenador que enseñó a la abeja a alma-

cenar la miel y al reyezuelo a construir su nido, que enseñó a la alondra a elevarse en el rosal de la aurora, al hombre a recorrer las avenidas de la vida en busca de la verdad y la belleza y a la mujer a anhelar un hijo y un hogar; ir desde la bellota recién caída de la encina hasta el Alfa que no tiene principio y el Omega que no tendrá fin; ir desde el efecto apenas perceptible hasta la Causa imperceptible e inextinguible: ¡eso es poesía, drama, éxtasis, temor y adoración!

Aquí es donde vimos la unidad de nuestros estudios. Cuando la Cosmología hizo uso de los hallazgos de la Química y de la Física, cuando la Psicología tuvo que atender a la Biología antes de hablar absolutamente, el hombre pensador vió la unidad en la multiplicidad de nuestros estudios. Pero cuando la Teología natural los fusionó todos, cuando tomó la Astronomía, la Geología, la Biología, la Física y la Química; cuando tomó la Literatura, la Lógica y la vida, todas las ramas del arte y de la ciencia y demostró cómo cada una de ellas hablaba de Dios, entonces el pensador se regocijó aún más en medio de su adoración y vió que la unidad del Alma Mater se aproximaba a la unicidad. Este era el estudio que probaba que la vida

merece la pena de vivirse al hacer tangible lo Intangible y lo Invisible muy claramente visible. El aprender cosas de Dios, de nuestro Dios; el discurrir Su Existencia, esencia y atributos; el probar que es infinito, omnisciente y omnipotente; el mostrarle con una Inteligencia y una Voluntad preocupadas por nosotros; el encontrar en El al Creador, al Preservador y al Proveedor, ponen una alegre melodía a los versos de la vida y convierten la tumba en puerta de la gloria.

¿Habéis pensado alguna vez en ese argumento del movimiento mientras observabais el girar del mundo? ¿Habéis pensado alguna vez en el Compositor al escuchar la feliz canción de la primavera? ¿Soñasteis alguna vez con el Artista al contemplar el caos ordenado de una flamante aurora o la furia en una severa puesta de sol? ¿Levantáis con frecuencia vuestros corazones y vuestras mentes en adoración al ver abrirse un capullo, tender el vuelo un gorrión o a un pequeñuelo juguetear con el cabello de su madre? ¿Veis cada día más a Dios, a vuestro Dios, en el mundo que Le rodea, en el sol, en las estrellas, en el mar, en las flores, en el pájaro y en la abeja, en el niño y en la joven y en el hombre? ¿Veis a la vida ir quitándose un

velo tras otro, preparándoos cada vez más para la visión cara a cara de Aquel con quien el Alma Mater os enseñó a soñar y a pensar, a Quien os enseñó a amar y por Quien os enseñó a vivir? ¿Vivís de tal forma vuestra Etica que estéis seguros de captar el Sujeto de vuestra Teología natural? ¿Es así? ¿O está acaso vuestra vida limitada por el sobre de la paga, la cuenta corriente y la preparación para aquel día lluvioso que tal vez nunca llegue, con la exclusión total del pensamiento de la noche que con toda seguridad ha de venir, «la noche en que ningún hombre puede trabajar», o de aquella Aurora que nunca conocerá atardecer? En suma, ¿reverenciáis, alabáis y servís a Dios siete días a la semana, veinticuatro horas al día, o vuestra religión se reduce a la última Misa del domingo? ¿Es vuestra vida la gran aventura de buscar siempre, siempre a Dios, el romance de cortejar a ese «Tremendo Amante», la emocionante búsqueda de satisfacer vuestra alma mediante la conquista de las murallas del cielo y subyugar al odioso enemigo del infierno? La religión, ¿representa completamente vuestra vida o es meramente un accesorio? ¿Tenéis a Dios en la mente, en el corazón y en la voluntad, en el hogar y en

la esposa y en la familia, en el ocio, en los negocios y en la política? ¿Sois unos osados aventureros en pos de Dios? Si no es así, habéis defraudado a vuestra Alma Mater, habéis fracasado y habéis hecho fracasar a vuestro espíritu.

Los Argonautas fueron en busca del Vellocino de Oro; los Caballeros de la Tabla Redonda, en busca del Santo Grial; los cruzados medievales querían liberar el Sepulcro de Cristo, y Colón quería hallar por Occidente un camino hacia Oriente. Balboa descubrió el Pacífico y Pizarro conquistó el Perú. Los aventureros han buscado la piedra filosofal y la fuente de la perpetua juventud. Algunos buscaban los Antípodas mientras otros buscaban la perdida Atlántida. Unos se regocijaron subiendo al Everest y otros encontrando la tumba de Tu-tan-Khamen. Pero, ¿qué son en sí o en sus resultados tales aventuras si se las compara con la arrogante aventura de la búsqueda de Dios? Esta es la búsqueda que recorre la tierra entera, penetra hasta las estrellas mismas y sigue más allá, y, sin embargo, la consiguen en su propia casa, entre la prosa de la vida, muchas almas que jamás fueron consideradas audaces, pero que en realidad son los seres más atrevidos de la Humanidad.

Esta es la búsqueda que cautiva la mente y el corazón y los sentidos; ésta es la búsqueda que absorbe el cuerpo y el alma del hombre por entero; ésta es la única búsqueda que hace maravilloso este mundo, la vida digna de vivirse y la muerte un despertar al deleite. Esta es la aventura de las aventuras y el Alma Mater os encaminó a ella al entregaros vuestros títulos de graduados y enviaros, no a ganaros la vida, sino a haceros una vida; no a amasar oro, sino a captar a Dios; no a combatir la batalla de la vida, sino a comenzar el cielo en la tierra al convertiros en verdaderos católicos, hombres o mujeres, ¡en un místico perdido en el amor de Dios!

¿POR QUE NO ACTUAR CONFORME A VUESTRA EDAD?

Voy a terminar. He recorrido todo el curso desde el primer año hasta el día de la graduación, y aunque he mencionado todas las artes y todas las ciencias, no he dicho nada sobre el curso de Religión. ¿Adivináis por qué? Al principio dije que el Alma Mater sólo enseñaba una asignatura que era la Religión. Ahora estoy al final y aún no he dicho nada del curso de

Religión. No fué un descuido ni este apartado corresponde a una idea tardía. Tenía que probar un punto y creo que lo he probado. La Religión no es un tema abandonado entre los temas educacionales, un tema desterrado de la pedagogía profesional. Al contrario, la Religión encabeza, penetra y santifica todo el plan de estudios. El Alma Mater os enseñaba Religión desde el día que allí os inscribisteis hasta el «comienzo»; desde Horacio, Sófocles y Shakespeare hasta la tesis sobre la Iglesia y el Estado y la particular providencia de Dios. Desde el dorado septiembre, en que por primera vez pisasteis el patio del Colegio, hasta el gozoso día de junio en que recibisteis el grado, el tema incesante del Alma Mater fué Dios y vosotros. En todos los tiempos, en todas las clases y en todos los cursos, os enseñó vuestra relación con el Absoluto, porque ése es el único fin debido de la educación.

Hubo un curso de Religión, un curso que enlazaba la razón y la revelación, un curso que os proporcionaba verdades más elevadas y más ciertas que el tubo de ensayo, el microscopio y la disección biológica; un curso que debería llamarse por su propio nombre—un curso sobre la Ciencia de Dios—porque era Teología. Aquí

utilizasteis vuestra razón; razón en cosas que la razón por sí nunca llegaría a conocer, produciendo una luz más luminosa que la luz de la razón sobre los dos objetos acerca de los cuales el Alma Mater había hablado tan incesantemente: Dios y vuestras almas. Visteis a ambos bajo la luz de la fe, ¡y qué visión fué aquélla! Escuchasteis a Dios hablar diciéndoos muchas cosas sobre El mismo y sobre vuestras almas. Visteis a un Hombre en Palestina que decía ser Hijo de Dios; le visteis probar esta afirmación con una vida y con una muerte que un hombre que sólo fuera hombre no habría podido vivir ni morir; visteis milagros en Su nacimiento, a través de Su vida y a la hora de Su muerte, preludios todos del más grande de los milagros: Su Resurrección. No podíais eludir la conclusión de que este Hombre es sincero: es el Hijo de Dios; lo que dice es la palabra de Dios y, por tanto, verdadero con la verdad de la Divinidad.

Le visteis fundar una Iglesia tan claramente visible como nuestra bandera americana con sus colores rojo, blanco y azul y sus estrellas; hizo Su Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica y hoy reconocéis al hombre que firma con el sello del pescador como cabeza visible de esa Sociedad que el Hombre-Dios fundó después que Jerusalén y Roma le clavaron a una cruz y de que salió del sepulcro en que le habían enterrado. Sabéis que las enseñanzas de Roma son las enseñanzas de Dios, porque están dirigidas y custodiadas por el espíritu de la Verdad, que, como El prometió, perdurará siempre.

Una vez que hubisteis asentado todo esto sobre terreno puramente lógico e histórico, os sumergisteis sin temor. Os adentrasteis en el fabuloso mundo de la revelación y visteis crearse el mundo y relampaguear la luz sobre las tinieblas del universo y observasteis la creación del hombre entre los dedos de la Omnipotencia. Contemplásteis todas las jerarquías de la Creación, desde el grano de arena hasta el serafín que entona sus cánticos, y después visteis el pecado. Lucifer cayó y perdió el Cielo. Adán cayó y perdió el Paraíso para vosotros y para mí; pero impulsó a la Trinidad a decretar la Encarnación. El Gólgota nos ganó la gracia e hizo posible la gloria, al correr la redención por siete caudalosos canales; y nosotros sabemos que tomando la mano mística de Cristo, que El nos tiende desde la Eternidad, podemos llegar al Dios Trino.

En eso consistió aquel curso, que no dejó nada atrás desde antes que el tiempo fuera hasta después que el tiempo haya terminado. Y si algo enseñó con claridad fué la prodigalidad del amor de la Trinidad por vuestras insignificantes personas y por la mía, más insignificante aún. El Padre nos dió la Creación, el Hijo la Redención y el Espíritu Santo nos dará la santificación y la glorificación subsiguiente. El Padre se dió a Sí mismo al echar Su aliento sobre un cuerpo de arcilla y convertirnos en personas vivas. Luego envió a Su único Hijo al frío de Belén para morir en la Sangre del Calvario. Más tarde, con un rugido de viento y una lluvia de fuego, Padre e Hijo enviaron al Espíritu Santo para hacer de vosotros y de mí algo más que hombres: para elevarnos a la gigantesca estatura de los seres sobrehumanos, ¡para levantarnos hasta el nivel de Jesucristo!

La Creación tuvo lugar hace tal vez cientos de miles de años. La Redención ocurrió hace mil novecientos y pico de años. Y el Espíritu Santo descendió inmediatamente después. Y, sin embargo, tenemos al Padre en cada una de nuestras respiraciones, porque El nos sostiene en la Creación; tenemos al Hijo en toda Su Humanidad glorificada donde quiera que arda la lámpara de un santuario, porque El quiso prolongar Su Encarnación; tenemos al Espíritu Santo en el centro de nuestra alma, si estamos en gracia. En efecto, somos superhombres, hombres que albergan al Dios Trino, hombres que son gigantes espirituales cumpliendo un destierro en el tiempo, hombres que son hijos de la Eternidad. No somos de ni para este mundo, aunque estemos en él. ¡Y ya es más que hora de que obremos conforme a nuestra edad! Tenemos edad suficiente para saber discernir.

Sí, tenemos edad suficiente para saber más, para saber que no habríamos de pasar todos nuestros años en una persecución que aplasta el espíritu, agota el cerebro y destroza el cuerpo en pos del oro o de la gloria en lugar de perseguir la bondad o la gracia. Tenemos edad para saber que no deberíamos buscar la felicidad donde no podemos hallarla: en los placeres pasajeros de este mundo tan pasajero; tenemos edad suficiente para saber que, en lugar de estar absortos en el hombre o la mujer, deberíamos absorbernos en Dios; edad suficiente para saber que no deberíamos pensar únicamente en ganarnos la vida, construir una casa, aumentar una

cuenta corriente, prepararnos para la vejez y para el porvenir de nuestros hijos, cuando nuestra primera preocupación debe ser la de alabar, reverenciar y servir a Dios, preparándonos nuestras mansiones eternas, amontonando méritos indestructibles para salvar y santificar nuestras almas. Tenemos edad suficiente para sobreponernos a nuestra loca adolescencia y a la cegadora vida de estudiantes; edad suficiente para tener sentido—sentido común católico—, para vivir la vida que el Alma Mater nos enseñó a vivir con su literatura y su lógica, sus ciencias y sus artes. Somos lo suficientemente viejos para volvernos niños, hijos del Dios Padre, del Dios Hijo y del Dios Espíritu Santo.

Ya es más que hora de que obremos de acuerdo con nuestra edad y hagamos que el Alma Mater se sienta orgullosa de nosotros, glorificando a Dios que nos hizo, nos educó y espera que tengamos la edad suficiente para volvernos como niños, porque «de éstos es el Reino de los Cielos».

¿VOLVEMOS NUESTROS OJOS HACIA LA AURORA?

Nos vamos haciendo viejos, cada vez más viejos, y con firmeza inexorable nos

vamos aproximando a eso que tantos denominan «ocaso de la vida». ¿Lo llamáis vosotros también así? ¿O sois lo suficientemente católicos y lo suficientemente sinceros para llamarlo como lo que es en realidad, nuestra aurora?

Para la mayoría de los hombres la ancianidad es «ocaso» y la muerte, «las tinieblas de la noche». Pero nunca debe serlo para el ponderado graduado de un Colegio católico. ¡Nunca! Porque el Alma Mater nos enseñó a hacernos más jóvenes con el transcurso de los años, a hacernos más grandes hijos de Dios, y a contemplar la muerte no como un fin, sino como un principio; no como un sueño, sino como un verdadero despertar. ¡Y de nuevo el Alma Mater nos enseña los hechos! La muerte no es la noche, ¡es la aurora!

Como todos los demás hombres y mujeres, vosotros y yo estamos siempre de cara a ese Oriente cada vez más coloreado y más claro. Pero ¿contemplamos en realidad la Aurora? Nadie puede volver la espalda al Oriente: es inevitable. Pero son muchos los hombres y mujeres que cierran los ojos a ese Amanecer. Y es precisamente este abrir o cerrar de ojos lo que diferencia al moderno pagano materialista del graduado del Colegio católico que

es fiel. Porque lo que tanto nos diferencia no son nuestras opiniones sobre la vida, ¡sino nuestros dogmas sobre la muerte! Omar Kayyham tiene una filosofía de la vida; una filosofía muy definida, sólo porque tiene un dogma muy definido sobre la muerte. Y hoy en día, desde las estepas de Rusia hasta las ondas del mar inglés, la vida humana se malgasta desenfrenadamente y los individuos son tenidos en muy poco porque esos poderes consideran al alma humana como no existente y a la muerte como el final de la vida. ¿Somos tan paganos como Omar o tan ciegos como los del Reich o el Kremlin? ¿O estamos contemplando la Aurora?

Si nuestros ojos están fijos en nuestro Amanecer, si somos lo suficientemente sabios para atravesar la vida pensando siempre en la muerte, si buscamos continuamente no la diversión, sino una buena eternidad, ¡entonces estamos salvados! Somos fieles a nuestra Alma Mater, fieles a nosotros mismos y fieles a Dios. Y cuando llegue nuestra Aurora, tendremos algo que enseñar de nuestra vida. No llegaremos con las manos vacías.

¡Qué tragedia consumada encierran las manos vacías! Y las manos vacías es cuanto pueden mostrar a un Dios que todo lo

ve, aquellos que van por la vida sin contemplar la Aurora. Ahora es el momento de preguntarnos: ¿Tenemos las manos vacías? Si mañana amaneciera la Eternidad, ¿qué podríamos mostrar de la vida? Si hubiéramos de comparecer ante el resplandor de la Luz Inaccesible mañana por la mañana, ¿qué es lo que El vería de todo cuanto nos ha dado? ¿Qué hallaría como resultado de esos cuatro años que nos concedió para nuestros estudios en el Colegio católico? ¿Serían unas manos vacías?

La Verdad Encarnada pronunció un día cierta parábola, una parábola terrible. Con pinceladas mojadas en luz, Su voz bosquejó un cuadro inolvidable al hablar de aquel hombre que entregó cierta cantidad de talentos a sus criados y emprendió un largo viaje. Regresó años más tarde, y llamando a sus servidores, les pidió cuentas. Algunos habían doblado la suma y por esto recibieron una inmediata recompensa y grandes alabanzas; pero hubo uno que había ocultado sus talentos en la tierra y fué despedido a causa de improducción a las tinieblas del exterior. Luego, para que nadie tuviera duda sobre el significado de la parábola, Jesús habló del Juicio Final. Esa es la Aurora que contemplamos y

nuestros talentos son nuestros cuatro años de estudios en el Colegio católico. ¿Qué hemos hecho de ellos? ¿Los tenemos enterrados en la tierra?

Si me contestáis que «no», entonces, decidme: ¿dónde están los graduados de los Colegios católicos que irradian a Cristo? ¿Dónde están los hombres y mujeres que han menospreciado la moderna herejía de la acción y que sueñan los mismos sueños que el autor de *El lebrel del Cielo* y entonan canciones como la de *Ex Ore Infantium?* Si me respondéis que «no», decidme entonces: ¿Dónde están los hombres que sobresalgan en la vida pública como lo hizo Santo Tomás Moro, demostrando a todo el mundo cómo es un alegre y culto caballero de Dios, un estadista por excelencia y un santo que sabe apreciar sin el menor error las cosas del tiempo y las cosas de la Eternidad? ¿Y dónde están las mujeres que como Isabel Ana Seton pueden considerarse como orgullo de la ciudad, modelo de esposas, madre amante, santa viuda y bendita monja de Dios? Si os atrevéis a responder que «no», decidme: ¿Por qué la Verdad misma es tan poco conocida y el Amor Infinito tan violentamente odiado? Decidme: ¿Por qué el Cuerpo Místico no es más robusto que la

Iglesia de Cristo y más universalmente amado? Si os atrevéis a responder que «no», decidme entonces: ¿Qué podéis mostrar de la vida?

No será el dinero, porque al Amanecer el dinero no cuenta. Cristo emplea otra clase de moneda.

No serán los amigos, porque al Amanecer ¡compareceréis solos!

No será la familia, porque el compañero o la compañera de vuestras vidas y vuestros pequeños pueden no estar cerca.

¿Qué podéis mostrar hoy? Si mañana tuviera lugar vuestro Amanecer, ¿no habría de preguntaros Cristo: «Dónde está el mal»?

Sólo hay una manera de evitar esa pregunta. Estar siempre contemplando la Aurora.

Si miráis siempre hacia la Aurora, tendréis mucho que mostrar al final de vuestras vidas, porque soñaréis esos sueños llenos de plegarias que cuentan en el tiempo y en la Eternidad y amasaréis las verdaderas riquezas. Seguid mirando hacia la Aurora y seréis universales en vuestras obras de misericordia, tratando siempre de ser como Cristo, haciendo siempre el bien. Seguid mirando hacia la Aurora y pondréis en práctica vuestra lógica al

hacer vuestra vida, vuestro amor y vuestro anhelo tangentes con Aquel que es Vida y Amor y Objeto de vuestros más profundos anhelos. Seguid mirando hacia la Aurora y vuestra vida será un poema y no una tragedia, una fantástica aventura y no «unos días sin fin». Seguid mirando hacia la Aurora y seréis místicos caballerosos que recorren las avenidas del tiempo irradiando a Cristo y buscando a Dios. Sí, mantened vuestros ojos fijos en esa Aurora y nunca tendréis las manos vacías, sino que cuando al fin amanezca, tendréis un verdadero cargamento de hechos realizados tal y como el Alma Mater os enseñó a realizarlos. Os presentaréis con las almas enriquecidas por los méritos, esos valiosos méritos ganados mediante el gasto diario de energía en el ejercicio de la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza. Fijad los ojos en esa Aurora y yo os prometo que os encontraréis ante su resplandor con el corazón teñido de carmesí y la carne blanca con la blancura del Tabor, porque os alimentasteis diariamente con el Pan Blanco de los Angeles, bebiendo en la copa de rubí de la Sangre de Cristo. Fijad en ella vuestros ojos y al romper el alba os encontraréis con la inteligencia, con la memoria y con la voluntad palpitantes con estático deleite, porque ahora, al fin, han visto y han tocado a Aquel que las embelesara durante el destierro de la tierra. ¡Compareceréis sonrientes y sin temor al presentaros «cara a cara» a Aquel que os envió al Colegio para que pudierais tener Vida Eterna!

Conseguid AHORA algo que podáis presentar después... ¡Mañana PUEDE SER el Amanecer de la Eternidad! No obliguéis a Cristo a que os pregunte: «¿Dónde está el mal?»

Nos encontramos en una posición sumamente peligrosa. Sólo podemos recoger lo que hemos sembrado. El tiempo es la cuna de la Eternidad, y si no vivimos de manera tal que el Alma Mater esté orgullosa de nosotros, habremos convertido un favor temporal de Dios—nuestros estudios en un Colegio católico—en una simiente de eterna desgracia. Si no somos más que pozos desecados, serán muchos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo que mueran de sed. Si somos luces apagadas en lugar de lucir de tal forma ante los hombres que les permitan ver nuestras buenas obras y glorificar a nuestro Padre que está en el cielo, lo más probable es que hayamos de arder por toda la eternidad.

¡Recordad a Nicodemus y a José de Arimatea! Eran discípulos de Cristo. Aprendieron la verdad de la Verdad misma, pero no la practicaron *abiertamente*. Eran amigos de Cristo, pero sólo ocultamente. Cuando votó el Sanhedrín, los dos estaban ausentes. No condenaron a Cristo, pero *no le defendieron*. Cuando se declararon, ya era demasiado tarde. No se declararon hasta después de Su muerte y ya sólo tuvieron tiempo de bajarle de la cruz. ¿Estaremos nosotros haciendo lo mismo?

El ateísmo moderno y el paganismo materialista prometen una crucifixión más cruel aún del Cristo contemporáneo. Si no nos declaramos en seguida, tal vez sólo llegaremos a tiempo de descenderle de la cruz.

La Iglesia militante mira hacia los graduados de los Colegios católicos. Espera de ellos que luchen, que sean caudillos en la lucha. ¡Y la única manera de acaudillar es seguir a Cristo!

El hombre aguarda; el Alma Mater aguarda; el mundo aguarda; ¡el Cielo y el infierno aguardan al graduado de los Colegios católicos!

¿EN QUE CONSISTE EL MAL?

INDICE